

Tabula Rasa
Universidad Colegio Mayor de Cundinamarca
tabularasa@unicolmayor.edu.co
ISSN (Versión impresa): 1794-2489
COLOMBIA

2003

María Antonia Giraldo

RESEÑA DE "LAS NORMAS DE LA NATURALEZA. ESTUDIOS DE ÉTICA
HELENÍSTICA" DE MALCOLM SCHOFIELD & GISELA STRIKER (COMPILADORES)

Tabula Rasa, enero-diciembre, número 001
Universidad Colegio Mayor de Cundinamarca
Bogotá, Colombia
pp. 291-294

SCHOFIELD, Malcolm & STRIKER, Gisela (compiladores)

LAS NORMAS DE LA NATURALEZA

Estudios de ética helenística

Ediciones Manantial, Buenos Aires, 1993. Pp. 282.

MARÍA ANTONIA GIRALDO

Facultad de Humanidades

Universidad Jorge Tadeo Lozano

magiral@yahoo.com

Las normas de la naturaleza es una obra construida a partir de las contribuciones de importantes académicos dedicados al estudio de la filosofía antigua y moderna dentro del marco de la Tercera Conferencia sobre Filosofía Helenística, realizada en Bad Homburg (Alemania) en el año de 1983.

Dentro de la lista de conferencistas encontramos nombres que ya nos son familiares por pertenecer a quienes, en los últimos tiempos, han hecho los más grandes y valiosos aportes a la investigación de las teorías de Aristóteles, Platón y los filósofos presocráticos, entre otras corrientes del pensamiento antiguo. Julia Annas, Martha Nussbaum, T. H. Irwin, Michael Frede, David Furley —para mencionar sólo algunos— forman parte del selecto grupo reunido esta vez con el propósito de discutir las perspectivas éticas de las tres corrientes principales de la filosofía helenística, a saber: el escepticismo, el estoicismo y el epicureísmo.

La fortaleza de los autores presentes en este volumen, especialmente en la investigación crítica de las éticas aristotélica y platónica, hace tanto más enriquecedora la lectura como accesible la comprensión de las ideas éticas de pensadores como Sexto Empírico, Cicerón, Epicteto y Epicuro, entre otros —menos célebres, pero no por ello menos importantes e interesantes que los mencionados¹.

Éste es, en efecto, uno de los grandes valores de los artículos que componen *Las normas de la naturaleza*. Las sostenidas

¹ Esto se hace especialmente patente en dos de los artículos que forman parte de este compendio: «Argumentos terapéuticos: Epicuro y Aristóteles» de Martha Nussbaum y «La concepción estoica y la concepción aristotélica de la felicidad» de Terry Irwin.

comparaciones entre las filosofías de Platón y Aristóteles con las de los pensadores de la edad alejandrina, hacen que el lector perciba tanto una continuidad en términos generales, como pro-

fundas contradicciones en lo particular. La continuidad podría ser descrita como la persistencia en responder una cuestión que es propia de la ética y que quizá

constituye el interrogante central de este campo en la Grecia de la antigüedad, a saber: ¿cómo he de vivir? La discontinuidad, por su parte, se vislumbra tanto en un cambio de dirección en la manera de responder la mencionada pregunta, como en lo referente a problemas sustantivos de la ética, en especial, aquellos que giran en torno a las nociones del bien y la felicidad.

No es por ello gratuita la división bipartita de los artículos compilados en la obra que aquí nos ocupa. En la primera parte («Argumento, creencia y emoción»), el énfasis temático de los debates críticos está puesto en la forma de argumentación y sus efectos prácticos, mientras que en la segunda parte («Fundamentos éticos y el *Summum Bonum*») lo está en la indagación por los principios que fundamentan la agencia humana con miras a la consecución de «la meta de la vida», tal y como lo describen los compiladores.

Otro tanto se puede decir acerca del carácter general de la obra, en específico, aquello referente a los distintos métodos de análisis y enfoques presentados por cada uno de los autores. Es frecuente que en la investigación ética se opte por una forma de análisis entre varias posibles, debido quizá a la complejidad inherente a este campo de estudio de la filosofía. O bien se opta por una perspectiva histórica del mismo; o bien por un enfoque analítico dirigido exclusivamente a los argumentos; o bien por una lectura con una orientación pragmática. Estas tres perspectivas son valiosas en sí mismas pero, me atrevo a afirmar, lo son más si se logra mostrar su interdependencia.

En cuanto obra, *Las normas de la naturaleza* consigue que el lector «descubra» por sí mismo en su recorrido por los diferentes artículos, el valor de un debate crítico que conjuga el interés en el pensamiento helenístico dentro del panorama general de la historia de la ética, con el desarrollo de un análisis de sus modos de argumentación tanto filológico —siempre necesario cuando de textos antiguos se trata— como retórico y lógico, conjugado todo esto con una apreciación de sus posibles efectos en nuestra *praxis* moral efectiva. El resultado de la sumatoria de estas tres perspectivas es el de una visión detallada y comprensiva de la ética de los estoicos, epicúreos y escépticos. Esta cualidad de la obra la expresa mejor Günter Patzig en su breve pero nutrido prefacio, según el cual este volumen «ayuda a superar la brecha entre trabajos históricos y sistemáticos en filosofía, brecha que es en sí misma algo artificial, dado que los estudios históricos sin guías, sistemáticas tienden a perder vivacidad, mientras que las discusiones sistemáticas sin perspectiva histórica tienen a menudo algo de parroquial» (p.9). Todo esto hace que el libro sea de interés, no sólo para los estudiosos de las corrientes éticas específicas aquí representadas, sino para cualquiera que tenga su atención puesta en la historia, la literatura y en los problemas filosóficos en general.

Las normas de la naturaleza es un libro que se debe a la controversia en virtud de la naturaleza problemática de su objeto de estudio. En efecto, la ética es uno de los campos más polémicos que la filosofía se ve obligada a enfrentar. En las cuestiones acerca del valor carecemos de un conjunto de verdades —o de tesis amplia y suficientemente reconocidas— que sirvan de fundamento sólido a la hora de elaborar teorías sobre el significado y principios de la moralidad. A diferencia de otras áreas del saber, como por ejemplo el caso de la ciencia, en la ética no se puede partir de un terreno seguro que nos permita siquiera zanjar diferencias interpersonales acerca de nuestras creencias morales más básicas. Por ello la indagación ética se ve *obligada* a acudir al recurso de la *dialéctica* que funciona sobre la base de preguntas y respuestas, ataques y contraataques, defensas y rivalidades².

Aunque cada uno de los nueve artículos que componen *Las normas de la naturaleza* constituye en sí mismo un universo de interpretación, ninguno de ellos escapa a

² Cf. Perelman, Chaïm. 1997. «Las premisas de la argumentación», en *El imperio retórico*. Cap. III: 43-56. Editorial Norma. Bogotá.

este rasgo característico de la ética. Esto podría desalentar al lector desprevenido, pues la particularidad de los asuntos relacionados con la moralidad quizá lo inste a formularse preguntas —y esto con toda legitimidad— tales como: «¿qué sentido tiene discutir en torno a asuntos

que aparentemente no tienen solución?, ¿sobre qué base habría yo de *preferir* una postura ética frente a otras que no solamente son diferentes sino incluso contradictorias?, ¿realmente tiene sentido acudir a la antigüedad para dar solución a problemas que sólo podríamos responder desde el presente?». Estos cuestionamientos son válidos no sólo a nivel teórico sino práctico, es decir, también en el terreno referente a conflictos concretos de casos particulares, en los que la evidencia de diversidad de costumbres, de valores y de creencias morales es insoslayable. Hecho el cual, dicho sea de paso, constituye el punto de partida de la mayoría de los estudios sobre nuestro comportamiento intersubjetivo.

Lo curioso —más aún, lo sorprendente— de este singular campo de estudio es que, justamente de esas contradicciones, de esas divergencias y controversias, es de donde la disciplina toma la fuerza que contribuye a su constante renovación—sin querer implicar que se puede hablar aquí de un progreso.

En el artículo que inaugura el libro, «Prescindiendo de valores objetivos: estrategias antiguas y modernas» de Julia Annas, se hace una afirmación que en parte resume este espíritu que anima la filosofía moral general. Según Annas, cuando de valores y creencias morales se trata, «la percepción de las diferencias, resulta a menudo más fructífera que la percepción de las semejanzas» (p.14). La autora, por supuesto, hace esta afirmación en el contexto de un problema específico que ella pretende debatir, según el cual la ausencia de continuidad entre las estrategias

argumentativas del escepticismo de la ética helenística y las formas del escepticismo moral del siglo XX, tendría como consecuencia la valoración negativa de una de las dos corrientes. Por un lado, se podría afirmar que el estudio de las primeras pierde todo sentido y relevancia para la ética contemporánea, lo cual conduciría a que desecháramos por completo —y de una vez por todas— el estudio de la ética antigua. Por otro lado, se podría afirmar que las repercusiones prácticas de los argumentos escépticos antiguos, descalifican las aproximaciones moderna y contemporánea al mismo problema, de tal manera que se pretendería una especie de revivificación nostálgica de las motivaciones del escéptico del pasado.

Para Annas, por el contrario, tal y como se lo señaló, aun por radicales que sean esas diferencias, son ellas mismas las que animan y confirman la urgencia de la reflexión ética, no sólo referida a nuestro propio entorno, sino en contraste con la ética de la antigüedad. Esto último no sólo justifica el sentido mismo de la ética como disciplina filosófica, sino que a la vez da muestras de la importancia de enfrentar nuestras perspectivas morales con las de épocas y culturas diferentes a las propias.

Si una lección ha de quedar de un libro que indaga *desde la antigüedad* por el origen de nuestros valores morales, por las posibilidades de responder positiva o negativamente a la pregunta por los fundamentos que justifican nuestras creencias, puede ser aquella que queda consignada como conclusión del artículo de Annas:

No es posible, desde luego, elegir honestamente entre estas dos opciones [ética moderna y ética antigua], ni darles calificaciones comparativas; no nos es dado asumir el modo de pensamiento antiguo, como si pudiésemos olvidar nuestra propia historia y nuestros hábitos filosóficos. Pero podemos observar tanto las maneras negativas como las positivas en que esclarece los enfoques modernos que nos son familiares; necesitamos, no una alternativa prefabricada, sino una comprensión más honda de las opciones que podemos o no volver realidad para nosotros (p.37).